

parecía á su hermana: era algo más jóven que ésta, era rubia, sonrosada y hermosa, y su traje y compostura general no tenían la sencillez del traje y compostura de doña Mari-Santa, aunque sí mayores pretensiones de riqueza y elegancia. Hay personas que agradan como si fueran hermosas, y las hay hermosas que desagradan como si fueran feas. En este caso se hallaban Mari-Santa y Mari-Rosa. Así como D. Juan el de Gorostiza me había preguntado, ó cuando ménos había querido preguntarme: «¿No le parece á V. hermosa esta fea que Dios me ha dado por mujer?» D. Pedro el de Aurrecoechea podía preguntarme: «¿No le parece á V. fea esta hermosa que por mujer me ha dado Dios?»

Saludámonos, y Leandro dijo á su tia y la jovencita quién era yo, en el concepto de que ya les había hablado mucho de mí.

La jovencita se puso colorada y bajó los ojos, lo que inmediatamente confirmó mi sospecha de que fuese la musa de Leandro, y la sospecha tuvo plena confirmación cuando la oí llamar madrina á doña Mari-Rosa.

—Temí, nos dijo ésta con la irónica sonrisa que le era habitual, que se nos escapáran VV. sin llegar hasta acá á pesar de que estaban tan cerca.

—Tan no pensábamos en tal cosa, contestó Francisco, que sin más objeto que el de saludar á VV. habíamos subido á Aurrecoechea.

—No debemos extrañar los de Aurrecoechea que para nosotros se vendan VV. más caros que para los de Gorostiza, pues la venida á aquí es cuesta arriba y la ida á allí es cuesta abajo, ó cuando ménos llana.

—Pues á mí, dijo Leandro candorosamente, no me fatiga la cuesta de Aurrecoechea porque subo pensando en lo que voy á gozar en llegando á arriba.....

—Con las hermosas vistas que arriba encuentras, añadió interrumpiéndole su tia maliciosa y placenteramente, poniendo la mano en el hombro de Rosita.

Rosita no comprendió lo que su madrina queria decir, pero sí lo comprendimos nosotros, y hasta el mismo Leandro que se rió de su propia sencillez y la malicia de su tia.

Un entierro que bajaba de Berriz asomó en aquel instante por el *torno* ó revuelta que hace el camino ántes de llegar á la fuente que está en una cañadita un poco más arriba de Aurrecoechea.

Acompañaban al féretro el clero de Deusto y gran número de vecinos de ambos sexos de las caserías esparcidas por aquellas laderas, y aún de las de Becoerri.

Todos guardamos silencio, incluso los chicos que andaban por allí corriendo y alborotando, y Francisco rezó un responso en que le acompañamos todos.

## XXV.

## ROSITA.

Cuando hubo pasado el entierro, D. Pedro que en compañía de un criado *envinatado* como él, había salido á la puerta al oír el canto fúnebre de los sacerdotes, vino á saludarnos. Ya, como es de suponer, habíamos preguntado por él á la señora que nos había contestado:



— Por ahí adentro anda haciendo trasiegos de chacolí y aburrido como siempre con tantas ocupaciones como tiene y se empeña en tener, por más que yo le predico.

— Dispénseme VV., se apresuró á decirnos, en primer lugar que me presente á VV. hecho un Adán con este traje y estas manos y este todo, en segundo, que no haya salido ántes á saludarlos, y en tercero que no los acompañe.

— Está V dispensado, D. Pedro.

— Les aseguro á VV. que casi casi le tengo envidia á ese pobre que llevan por ahí abajo, porque ése ya ha encontrado el descanso.

— Y tú también le encontrarás como él, dijo Mari-Rosa, cuya ironía no perdonaba á nadie.

— Eso es lo que quisieras tú para quedar muy libre y muy ancha; pero no estoy por darte gusto en eso. Diez años te llevo y esta aperreada vida que no le da á uno tiempo siquiera para rascarse, me ha quitado lo ménos otros diez, pero poco he de poder ó he de oír cantarte el *gori-gori*.

— Don Pedro, dijo Francisco para ver de dar giro ménos tonto á la conversacion, ese género de cálculos es muy aventurado. ¿Con que tan ocupado anda V.?

— ¡ Calle V., señor D. Francisco, si esto no es vivir! ¡ Sobre todo, la pícara fábrica me quita la vida!

— Eso quiere decir que abundan los pedidos.

— ¿ Y qué importa que abunden, si la fábrica, el escritorio, las viñas, la cubera, los inquilinos, los operarios, los criados, la mujer, los chicos y otras mil demoniu-

ras le tienen á uno convertido en más esclavo que los de Guinea.

— Diga V., señor D. Francisco, que es esclavo porque le da la gana, pues con dejar la fábrica y los negocios y retirarse á buen vivir, pudiera quedar tan descansado como ese que va por ahí abajo.

— Eso es, vosotras las mujeres lo componeis todo muy fácilmente, pero la compostura es peor que la rotura. Yo no sé si V., D. Antonio, es casado, pero si no lo es, á usted y á Leandro les aconsejo que no se casen porque las mujeres son la mayor calamidad.

— Tío, dijo Leandro, D. Antonio participa á medias de la opinion de V., pues ha dicho:

« Los hombres y las mujeres  
disputan muy á menudo  
sobre cuál de los dos sexos  
es en maldad más fecundo.  
¡ Válgame Dios que manía  
de desperdiciar discursos!  
Los hombres y las mujeres  
son la gente peor del mundo.»

Esta cita de Leandro, que no por su chiste si no por su verdad, tuvo la suerte de hacer reír hasta á D. Pedro, puso término á aquella frívola conversacion. Don Pedro se fué á continuar sus faenas, y doña Mari-Rosa se apresuró á hacernos pasar á la huerta, sin duda temerosa de que volviera á salir su marido á aburrirnos con otra jermiada sobre sus abrumadoras ocupaciones.

La casa tenía exteriormente una escalerilla cubierta de enredaderas que daba salida á la huerta desde el comedor; más allá de la escalerilla, arrimado á la pared de la



casa, había un frondoso naranjo que conservaba aún abundante y hermoso fruto; al pié de la escalerilla y el naranjo se extendía un jardinillo y entre el jardín y la linde propiamente de la huerta se alzaba un bosquecillo de frutales, á cuyo pié había una mesa de madera pintada, con sillas rústicas alrededor.

— Ea, dijo doña Mari-Rosa guiándonos hacia la mesa, descansan VV. de la cuesta, que de seguro les ha parecido más fatigosa que á mi sobrino, y escojan entre una jicara de chocolate y un vaso de leche ó agua fresca, ó una jarra de chacolí añejo rojo ó blanco, y unas magras con tomate.

— Entre esos dos excelentes obsequios, dijo Francisco que conocía mis gustos y hábitos manducatorios, escogemos Antonio y yo una de esas naranjas que amarillean bajo las ventanas, y uno de esos claveles de onza que sonrosean al pié de los naranjos, sin darse por entendidos de que ha pasado su estacion.

Trabajo nos costó convencer á Mari-Rosa de que era sincera nuestra eleccion, pero al fin se conformó con ella permitiéndose sólo aumentar hasta lo abrumador el obsequio de fruta y flores.

Un numeroso grupo de gente vestida de negro asomó por el trasmonte de la cuesta.

Como llamase mi atencion, pues ya no me acordaba de la mucha que había bajado acompañando al muerto,

— Son los que vienen del entierro de Mánu, me dijo Mari-Rosa.

— ¿Sería el difunto persona acomodada cuando tanta gente le ha acompañado al camposanto?

— No, señor, era un jornalero cargado de familia.

— ¡La pobre de su mujer, dijo Rosita con tristeza, queda con cinco hijos, el menor *en mantos*, y el mayor de diez años, y estoy segura de que mañana no tendría qué darles de almorzar sino por las vecinas!

Á Rosita se le saltaron las lágrimas al decir esto.

— Esta mañana, continuó, *amá* y yo hemos subido á verla, y hemos bajado tan compadecidas de ella, que vamos á ver si esta noche conseguimos *del* padre que nos deje traer á casa siquiera á Martín, uno de los chicos, ¡que son todos tan monos!

Como Rosita me interesaba tanto, y apenas la había oído hablar hasta entónces, la escuché con más atencion por conocerla á ella que por conocer las circunstancias de la familia del muerto. Habrá quien me diga: «¿Y no encontraria V. su elocuencia muy digna de una musa, y de una musa inspiradora de un poeta tan sentido, entusiasta é ingénuo como nos ha pintado á Leandro?»— Pues sí, señor, que la encontré. Una aldeanita, hija de un labrador, acomodado sí, pero acostumbrado á manejar la laya en sus heredades, ó la azada y la podadera en sus viñas, como uno de sus criados y jornaleros, y más habituada á expresarse en vascuence que en castellano, nada tiene de extraño que cuando habla esta última lengua llame á su madre *amá* y use alguna otra locucion poco castellana. La palabra vascongada *amá*, que equivale á madre, y de donde viene el nombre de *ama* que en Castilla se da á la nodriza, es nombre tan dulce y tan grato para los vascongados, que ni aun cuando hablan el castellano se resignan á sustituirle con el de madre, co-



mo les sucede á los castellanos de la clase alta y media con el de *mamá*, que, siendo un nombre esencialmente pueril, le conservan en la edad adulta. Leandro y sus padres debían pensar con muchísima razón: «Una buena esposa y madre de familia, para serlo no necesita poseer el idioma y la sabiduría de las academias. Con que tenga buen corazón y buen entendimiento, haya recibido toda la modesta educación que se puede recibir en una aldea, y éntre en el trato habitual de personas decentes, será una excelente señora que pueda alternar con las gentes de la clase media, y aún de la alta, sin avergonzarse ni avergonzar á su marido y sus hijos.»

— Esta, dijo Mari-Rosa, parece cortada por la misma tijera que la llorona de mi hermana.

— Señora, contestó Francisco, sus lágrimas, cuando son tan justificadas como en esta ocasión, la honran muchísimo.

— Quite V. de ahí, D. Francisco, que me dan rabia las gentes lloronas. Ponerse la venda por las descalabradas propias, santo y muy bueno; pero ponérsela por las descalabradas ajenas, como hace Mari-Santa con aplauso de su maridazo y sus hijos, es estar siempre hecha un emplasto. En hora buena que una no se alegre del mal ajeno, y si buenamente le puede remediar, le remedie; pero llorar hasta el dolor de muelas del vecino y tener el bolsillo abierto para todo el que tiene vacío el suyo, eso me parece muy tonto.

— Pues, señora, replicó Francisco, á mí que entiendo y debo entender un poco de moral cristiana, me parece eso muy santo. Hasta suelo reconvenir á doña Mari-San-

ta por su propensión á llorar y procurar aliviar el mal del prójimo, temeroso de que extreme tan santa propensión hasta el punto de poner en peligro su vida y sus intereses, á que en primer lugar tienen derecho su marido y sus hijos; pero no deja de costarme trabajo, y hasta algún remordimiento, el reconvenirla, porque no sé si será peor que yo entibie su caridad, que no que ella la exagere.

— Ya verá la tonta de mi hermana el fruto que saca de su sensiblería y despilfarro.

— Señora, le sacaré, y muy grande.

— En el cielo.

— En el cielo y en la tierra.

— En el cielo puede que sí, aunque yo dudo que Dios guste de la tontería; pero en la tierra no. ¡Ay, señor don Francisco, V., como es tan bueno, cree que el mundo está lleno de ángeles!

— No puede creer tal cosa el sacerdote que está acostumbrado á que los que viven en el mundo le muestren hasta el fondo de su conciencia.

— ¡Cuánta ingratitud verá V. en ese fondo!

— El que haya ingratos no es razón para que no haya benéficos.

— ¡Pues no lo ha de ser! Yo tuve algún tiempo algo de la sensiblería de mi hermana, porque al fin, como ella tengo sangre de mi madre, que era el vivo retrato de Mari-Santa, ¿y sabe V. con qué me pagaron los beneficios? Con ingratitudes. Así es que dejé de ser tonta, y cuando me dan tentaciones de hacer el bien compadeciendo ó socorriendo, digo: ¡para lo que se lo han de



agradecer á una! y me guardo mis lágrimas y mi dinero.

— Pues hace V. muy mal en eso, doña Mari-Rosa, y el mal viene de que está V. y están muchas gentes en el error de que el bien se hace para que le agradezcan. Cuando se hace para eso carece de su mayor mérito: el bien se hace por hacer bien, y nada más; y por eso quiere Dios que no sepa la mano izquierda el que hace la derecha.

La madre de Rosita, que entró en la huerta llamando á su hija y se acercó á darnos las buenas noches, nos recordó que ya no era de día.

La madre de Rosita era una mujer gruesa, rubia y frescachona, que estaba triste, aunque todo indicaba en ella habitual alegría y serenidad de alma.

Vestia con mucho aseo y sencilla elegancia el traje de labradora vizcaína acomodada, inclusa la *sabanilla*, que era muy fina y blanca, y casi dejaba ver la raíz de dos hermosas trenzas de pelo. Es muy comun ya allí, como en otras partes, que los hijos de los labradores acomodados excedan, cuando ménos un grado, en señorío á sus padres. Así Rosita, al lado de su madre, era en traje y lenguaje una señorita al lado de una labradora. Rosita llevaba las rubias y abundantes trenzas recogidas, y la cabeza sin el pañuelito de color mimosamente ceñido y enlazado que usan las labradoras hasta el día en que se casan, que le reemplazan con la *sabanilla*, que es sencillamente un pañuelo blanco más ó ménos fino y más ó ménos coquetamente (¡pícaro galicismo!) colocado en la cabeza.

D. Pedro, apestando á tanino y alcohol, y echando

pestes de sus muchas ocupaciones, salió á despedirnos cuando nos sintió en la portalada.

Tanto él como su mujer (que en Aurrecoechea parecia marinero autorizado por el patron para mandar, como en Gorostiza lo era su hermana) me ofrecieron su amistad y su casa, y todos nos dimos la definitiva despedida.

Como Leandro y Rosita eran el principal objeto de mi interes y atencion, yo no quitaba ojo de ellos, por supuesto, con el disimulo posible. Así pude notar que Rosita, como quien se arregla el pelo, se quitó de él un clavel, con que media hora ántes le habia adornado, y como quien da la mano para despedirse, se le dió á Leandro.

Francisco, Leandro y yo echamos á andar hácia abajo, miéntras Rosita y su madre echaban á andar hácia arriba.

El padre de Rosita se asomó á una ventana, y llamando á su mujer, le dijo:

— ¿Qué, no venis á cenar?

— Ya vamos, querido, le contestó su mujer en vascuence.

La dulzura con que la labradora le contestó, y la palabra *maitia* que empleó, y se traduce muy friamente traduciéndola por querido, me recordaron que la labradora y su hija tenian una gran pretension para con el labrador: la de que se trajese á casa á uno de los pobres huérfanos del difunto Mánu.

— ¡Milagro será, dije para mí, que Leandro no llame tambien *maitia* esta noche á su madre y áun á su padre!

La luna era espléndida y hermosa. Junto á las ruinas



del convento de Capuchinos nos detuvimos como encantados á contemplar el efecto que hacía, al interponerse entre ella y nosotros, la linterna del campanario de la basílica de Nuestra Señora de Begoña, que estábamos muy léjos de pensar que hubiese de ser demolida á cañonazos por los mantenedores de una bandera en que el nombre de Dios apareciese escrito en primer término. ¡Era maravilloso el efecto que la luna hacía, vista á través de la linterna del campanario que parecía un gigantesco y luminoso faro!

Al llegar á la orilla de la ria, Leandro saltó á una chanela para pasar al otro lado, no sin encargarle nosotros que anduviera con cuidado en el Helesponto para no dar que sentir á Hero, y nosotros tomamos ribera arriba para regresar á Bilbao.

—Ya conoces á doña Mari-Rosa y su marido, me dijo Francisco. Dime, aunque sea con un símil de esos á que tan aficionados sois los poetas, lo que te han parecido aquellas gentes.

—Te lo diré: Mari-Rosa, comparada con Mari-Santa, es una rosa de Bengala, que es hermosa y carece de aroma, comparada con una violeta, cuya hermosura no pasa de lo agradable y cuyo aroma es tan delicado como intenso; y en cuanto á D. Pedro, comparado con D. Juan, es el cardo que no tiene suavidad ni olor comparado con el poleo que tiene ambas cosas.

—¿Y de Rosita qué me dices?

—Que es digna de coronar el ramillete de Gorostiza.

## XXVI.

## VÍSPERAS DE NOCHEBUENA.

Se piensan y se dicen horrores del invierno pasado en el litoral cantábrico; pero se piensan y se dicen por los que sólo le han visto desde léjos y por muchos que reniegan de todo lo que ven desde cerca. Yo no sé lo que será el invierno en las provincias meridionales de España, aunque supongo, porque lo oigo afirmar y es verosímil, que es allí todo lo delicioso que puede ser el invierno en que, por regla general, el suelo carece de césped y flores, y los árboles de hojas y fruta; pero sé lo que es en las provincias del interior, y comparado con el del litoral cantábrico, doy decidídisimamente la preferencia á este último. Preseindamos del invierno en las aldeas y las villas poco populosas, unas y otras situadas en templados valles casi al nivel del mar, estrechos, abundantes de vegetación y resguardados de los vientos, y fijemos la atención en Bilbao, que ocupa una situación media entre lo marítimo y lo mediterráneo.

¡Las lluvias! ¡la humedad! ¡el cielo nebuloso! es la cantinela perpétua de los que no han pasado el invierno allí, y por supuesto no dudan que á todos aquellos horrores acompañan las nieves hasta no poder salir de casa en meses enteros, las nieblas hasta darse las gentes de narices unas con otras á medio día en la calle, y el frío hasta helar la sangre aún entre colchones.